

Mas hé aqui que el Angel del Señor aparece de nuevo en sueños á José, diciéndole: que Herodes había muerto y podía volver á Israel (1). Se comprenderá fácilmente, que al comunicar José esta noticia á su celestial esposa, ésta se regocijó extraordinariamente, y quizás se alegró tambien de ella Jesús, á quien sin duda María, como acostumbran las madres con sus tiernos hijos, le habría hablado muchas veces de su país natal; de los montes en que le había dado divinamente á luz, de aquellos donde Ella había nacido, y donde vivían los amigos y deudos de la familia. Emprendieron, pues, sin dilacion el camino para regresar á su país, bajo la misma proteccion que les había acompañado al alejarse de él. ¡Oh José! regresa á Nazareth, tu pátria amada, para descansar con María, tu esposa, y con Jesús, de las largas fatigas, de tantas ansias y de tantos padecimientos! Bien pronto ensanchará vuestro corazon la más pura alegría, viendo de nuevo el bello país donde os aguardan tan caros recuerdos, y donde aprendisteis por vez primera á conocer y bendecir el nombre del Dios de vuestros padres; de aquel Dios que obró allí los más grandes prodigios de su poder y misericordia, para preparar la misericordia de las misericordias que os ha sido confiada; y es el dulce Jesús, del cual tú, ¡oh José! eres custodio y defensor, por cuyo motivo tu gloria es superior á la de todas las gerarquías celestiales. Regresa, ¡oh José! á tu pátria, y tu regreso despierte á Israel de su sueño de muerte, y le prepare á recibir dignamente la solemne bendicion que le descende del Cielo.

Si, despierta, ¡oh Israel! del sueño de tus culpas, y reconoce el tiempo de tu última visitacion. Despierta, que de este instante depende tu salvacion, ó final ruina, por ser este instante para tí el exceso de la divina misericordia, á la cual resistieron tan larga y obstinadamente tus padres, endureciéndose cada día más sus corazones, hasta el punto de obligar á Dios á jurar airado, que no entrarían eternamente en su reposo (2). ¡Que este terrible juramento no caiga de nuevo sobre tu cabeza, porque sería irrevocable! Mas, ¿qué digo? ¡Ay! aquel desventurado pueblo ha sido ya abandonado por haber, no solo rehusado conocer y adorar á su Salvador en el Hijo de María, sinó por haberle calumniado, acusado y condenado á muerte, pidiendo en el exceso de su malvado delirio, que su sangre cayese como maldicion sobre sus cabezas y las de sus hijos (3). ¡Ay! á qué abismo conduce el abuso de las divinas misericordias, y la resistencia á las gracias del Cielo!

(1) MATTH. loc. cit. 20 y 21.

(2) PSALM. XCIV.

(3) MATTH. XXVII, 25.

¡Oh Jesús mio! tiemblo de piés á cabeza, reflexionando que tambien yo he cerrado por largo tiempo los oidos á tu voz amorosa, que me llamaba al arrepentimiento y á la penitencia; y negándome á reconocerte, he dicho mil veces en mi corazon, que no me cuidaba de Ti, ni temía tus castigos. ¡Piedad, oh divino Salvador, de esta alma extraviada! recuerda que moriste por ella! Y Tú ¡oh María! mostrándole tu dulce Hijo, que tanto trabajó y padeció por su salvacion, conmuévela é inflámala de tal manera en su pasada ingratitud, que uniéndosele gustosa á las penas de la vida presente, despues sea digna de pertenecerle eternamente bienaventurada en la otra. ASÍ SEA.

DIA VEINTE Y SEIS.

VUELTA DE EGIPTO, Y EL NIÑO PERDIDO.

Cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem.

Cuando se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalem.

(LUC. II, 43.)

Sumamente grato, hermanos míos, es para un filósofo cristiano, que no es víctima de preocupacion alguna, el estudio de los acontecimientos tan numerosos y variados en los cuales se desarrolla la vida del mundo. Con este estudio ve, que todo acontece con orden, peso y medida, y que una sabiduría infinita gobierna poderosa y suavemente el universo (1). Por cuyo motivo, lo que parece anomalía y necesidad á los que solo atienden á los hechos aislados, separados del gran todo, y del fin á que están unidos, como todos aquellos que prescinden de la luz de la fé; á la vista del verdadero sábio, ó sea, de los verdaderos cristianos, todo responde admirablemente

(1) SAPIENT. VIII.

al gran fin de la Creacion y de la Redencion, del cual depende la felicidad y la salvacion del hombre, y la gloria del Señor; quien, en todos los sucesos, se manifiesta y justifica de un modo tan admirable, que deja enteramente confundidos á todos los enemigos de su santo Nombre. Esta infinita sabiduría resplandece tambien de un modo el más singular en el viaje de la sagrada Familia á Egipto y su vuelta á su país natal. El que hubiera discurrido con harta sutileza sobre aquel regreso, la naturaleza del terreno, ó del camino que los dos santísimos esposos debían recorrer para vivir con Jesús, y las tristes condiciones en que se encontraban, habría podido dudar si aquellos molestos viajes les procurarían algun alivio, ó mayor tribulacion: pero aquí es donde cabalmente debemos admirar el poder y sabiduría de Dios, pues, donde otros no hubieran descubierto más que peligros y ruinas, allí se verificó el triunfo de sus escogidos. Esto es lo que vamos á considerar esta noche para completar esta bella parte de la vida de María. Pidamos la gracia: A. M.

Despues del amor de Dios y de los autores de nuestros dias, el que más influye sobre el corazon del hombre es el amor á la patria. A este nombre los más caros afectos de familia, los vínculos más sagrados de sociedad, los beneficios de la educacion, la correspondencia de la amistad, y las vicisitudes de la fortuna; los gustos y disgustos de la vida, hasta el aire, el terreno, las paredes y las piedras que nos sirvieron para las diversiones de nuestra infancia; todo despierta en nuestro ánimo recuerdos, imágenes y sentimientos, que lo enternecen y conmueven profundamente. Así es, que todo hombre dotado de nobles sentimientos y de espíritu elevado, al alejarse de sus propios lares, suspira continuamente por ellos, hasta que vuelto otra vez á ellos, derrama tiernas lágrimas y se le ensancha el corazon con inefables consuelos. Figuraos, pues, la viva emocion que debieron experimentar José y María, cuando, tras largo destierro, vieron nuevamente la tierra de sus padres; la tierra que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob había dado á su pueblo, para que con su perenne bendicion creciese allí y se multiplicase como las estrellas del cielo y las arenas del mar. En verdad, que ni yo ni nadie podría ponderar lo que sintió su corazon; pero podemos deducirlo algun tanto de los Salmos de David, en los cuales al son de su arpa canta aquellos montes, cerros, bosques, y valles; la pureza de aquel cielo; y el pelicano de Idumea; las aves que hacen resonar sus gorgeos al través de las secas ramas del olivo; las palomas que gimen desde la palmera y el sicomoro; las águilas de Sannir, que aparecen al viajero como el an-

tiguo testimonio de la gloria de Dios; los cedros del Libano y las palmeras de Gades; en una palabra, toda aquella admirable naturaleza que, aún hoy dia, por más que esté habitada por bárbaros, entusiasma á los viajeros que de todas las partes del mundo van á visitarla. Añádase, que volvían de un país degradado horriblemente, donde imperaba la más torpe de las idolatrías, hasta el punto de existir templos dedicados al buey, al cocodrilo, y á las cebollas; es decir, el último grado de la degradacion á que puede llegar la naturaleza humana (1).

Pero ya lo sabeis, hermanos míos; en vano se espera pleno contento acá en la tierra. Y ¡ay de nosotros si en ella lo halláramos! nuestra alma se adheriría á ella de tal modo, que en la hora de la muerte blasfemaríamos de Aquel que nos crió, por no poder sufrir una separacion tan amarga. Y por esto, sapientísimo como es, tempera nuestra dulzura con lo amargo, y hace que á cada flor hallemos una espina, para que nos disgustemos de ella poco á poco, y elevemos nuestros deseos y miradas al Cielo. Y en efecto; la experiencia nos enseña, que la muerte, principalmente, espanta á todos aquellos que vivieron en medio de delicias, los cuales, al verse separados repentinamente de ellas, sienten partirseles el corazon; al paso que cuantos viven en medio de la tribulacion, no solo abandonan sin pesar alguno lo que sin pasion poseían, sinó que se alegran, porque con la muerte alcanzan su verdadera libertad y su último triunfo. Así es como Dios iba preparando los corazones de José y de María, cuya vida, al igual que la de Jesús, no debía consistir más que en sacrificio y dolor. Llegado que hubieron á los confines de su país, tal vez en Gaza, ó en Ascalon, José tuvo malas noticias. Corría el año setecientos cincuenta de Roma, y Arquelao, hijo de Herodes, ménos afortunado que su padre, pero feroz como él, había empezado á reinar en Judea; por cuyo motivo José temió internarse en ella, y siguió su extrema orilla, marchando de Ascalon á Joppe, y desde este punto á Cesárea. Pero la prueba fué de corta duracion: apareciósele el Angel del Señor, y le tranquilizó; y al salir de Cesárea, tomó la derecha, atravesó los campos de Esdrelon, y se internó en los montes de Galilea, entre los cuales, como ya dijimos, se ocultaba la pequeña ciudad de Nazareth. Pero á esta primera tribulacion, sucedió bien pronto otra, pues á causa del largo abandono de su habitacion, la hallaron tan derruida y disforme que no parecía la misma. El techo, en parte, hundido, y en parte, cubierto de selváticas yerbas: la habitacion, en planta baja, fria, húmeda y ver-

(1) Poujoulat: *Storia di Gerusalemme*.

dosa; hiedras y espinos desarrollaban su triste vegetación dentro y fuera de la misma. En una palabra, no hallaron una casa sino escombros y ruinas. Sin embargo, por cansados que estuvieran de tan largo y penoso viaje, tuvieron que acomodarse en ella del mejor modo que pudieron, adorando los decretos divinos, hasta que pudieron restaurarla en algún modo, con el precio de un pequeño campo que vendieron; campo que les quedaba todavía de la herencia paterna; verificándose así á la letra, que mientras el pajarillo halla un hueco donde guarecerse, y nido la tórtola para poner sus polluelos, el Hijo de Dios, niño todavía, no tendría donde reclinar su cabeza.

De este modo, hermanos míos, debió Jesús recorrer el camino que lo condujera de nuevo á la gloria de su Padre celestial (1); y de ahí aquellas terribles sentencias que fulminó contra el mundo: más fácil es el pasar un camello por el ojo de una aguja, que el entrar un rico en el reino de los cielos (2)! ¡Ay de aquellos cuya vida la pasan en fiestas y alborozos, porque en la otra todo será para ellos luto y desconsuelo (3)! Y tened presente, que no quiero decir con esto, que todos debamos reducirnos á las estrechas y tristes condiciones de San José y de María, por más que el practicarle sea camino de alta perfección; antes os concederé de buen grado, que vuestro porte, vuestro tren de casa esté á las exigencias de vuestra posición social: pero no puedo menos de decir, que el fausto y el lujo á que nos abandonamos, fuera de lo conveniente, y muchas veces superior á nuestras facultades, está condenado por la ley divina, pues todo lo que sobra, cubiertas las convenientes necesidades de la familia, estamos obligados á dispensarlo en socorro y alivio de los pobres de Jesucristo. ¡Ah! no; no esperen tener parte en su reino ni en su felicidad aquellos que satisfacen en este mundo todas sus pasiones y caprichos, á quienes dirá en el último día: «Apartaos de mí: ya recibisteis vuestra recompensa en la tierra; mi reino es de aquellos que lloraron y padecieron (4).» Este es el Evangelio, del cual no puede borrarse una sílaba: lo ha dicho Jesucristo!

José y María, vendido el poco patrimonio que hemos expresado, para hacer de nuevo habitable la casa, quedaron reducidos á la mayor pobreza: su único y escaso patrimonio eran sus brazos: así que para ganarse el sustento, Jesús, ya casi hábil para el trabajo, empezó á manejar los instrumentos del oficio de José, á quien ayudaba, no solo

(1) LUC. XXIV.

(2) MARC. X, 25.

(3) LUC. V, 25 y sig.

(4) MATTH. V, 5.

en el recinto del humilde taller, sino también en los pueblos del alrededor (1). Por consiguiente, María, como mujer, aprovechaba con diligente industria la aguja y la rueca, y se dedicaba á otros quehaceres femeniles; y José, desde la mañana á la noche, fabricaba instrumentos de labranza, ó toscos muebles de casa, á la usanza de aquellos tiempos; y del precio que sacaba, sustentaba, aunque con fatiga, á su santa familia. Es éste, en verdad, hermanos míos, un grupo, cual suele presentárnoslo, con tanto provecho suyo, el arte pictórico, tan bello como conmovedor; el del venerable Patriarca atareado á reducir tablas de abeto ó de sicomoro para muebles; y Jesús, jovencito, que ayuda á su padre putativo como si fuese verdaderamente el hijo de un carpintero; mientras María, sentada algo distante de ellos, tira el largo hilo de la rueca, y atiende amorosa á los cuidados del esposo amado y á las santas fatigas de su divino Hijo. Pero no basta conmovedores de admiración: sería menester, además, que aprendieseis la manera de gobernar bien vuestras familias, imitando la sencillez, la modestia, la diligencia familiar, y el laborioso retiro con que la sagrada Familia proveía á su sustento: es decir, el patriarca José, anillo del antiguo y del nuevo Testamento; María, que compendia en sí y encerraba todos los misterios de la naturaleza y de la gracia; y Jesús, Hijo de Dios y Redentor del mundo. Y esto va dirigido de un modo particular á los padres, que deben imitar el ejemplo de María y de José: en cuanto á los hijos, lo tienen en Jesús, que aunque Dios, vivía tan dócilmente sometido á José y María, que hasta prevenía sus deseos, pronto á la obediencia en cuanto le mandasen, y era todo afecto y solicitud cuando les veía algún tanto pensativos y tristes. Y eso exige el amor y el deber de verdaderos hijos, puesto que en los padres se honra con sentimientos de profunda religión la autoridad paterna, que dimana de Dios.

Así, pues, José, con la ayuda de Jesús y María, su esposa, se procuraba el pan en Nazareth por medio del trabajo. Llegado Jesús á los doce años de edad, empezaron para él las obligaciones de la ley, de la cual eran celosos observantes la Virgen y José; y como quiera que Arquelaos, hijo de Herodes, que á su regreso de Egipto reinaba en Judea, hubiese sido destronado y desterrado á las Galias, porque, como sucede á los malvados, que tarde ó temprano se hacen insoportables á todos los hombres, los romanos no podían sufrirlo, y tomaron las riendas del gobierno de aquel país, incorporándolo á la Siria; pensaron que podrían con seguridad llevarse á Jerusalén para celebrar allí la

(1) San Justino Mart. Diálogo con Trifone; Godescrad, tom. XIV. Vita della santa Vergine, etc.

primera Pascua. Y así lo hicieron (1). ¡Oh! dichosas las familias que imitan tal ejemplo, llevándose consigo á los hijos para practicar los actos de religion, á fin de que su corazon quede vivamente penetrado de ella, y así, á medida que crecen en edad, adelantan en el amor y temor de Dios, para no apartarse jamás de él. El viaje duró cuatro dias; y llegados á Jerusalem, donde había un concurso inmenso de Judíos y extranjeros con motivo de la grande solemnidad, se reunieron con sus parientes para comer el cordero pascual, que los sacerdotes sacrificaban entre una y otra víspera en el atrio del Templo, al cual se añadía pan ázimo y lechuga agreste, segun lo prevenía el rito hebráico (2); y concluida la fiesta, regresaron á Nazareth; pero Jesús se quedó en Jerusalem, sin que sus padres lo advirtieran, creyendo que el agudo niño se habría confundido con algunos de su comitiva, ya que el viaje, lo mismo á la ida que á la vuelta, se hacía, como viene observándose aún hoy dia en aquellos lugares, en compañía de muchas personas reunidas al intento. Y así andaron una jornada; y solo cuando los diversos grupos hicieron alto para descansar un poco, le buscaron entre los parientes y conocidos (3).

Pero ¡ay! que Jesús no se hallaba entre ellos; por cuyo motivo tornaron al punto á Jerusalem, en cuyo Templo le hallaron, finalmente, al cabo de tres dias, sentado en medio de los doctores, que ora los escuchaba, ora les preguntaba (4). ¡Oh! qué angustia debió ser esta para el corazon de María y del venerable José! Por poco que se medite con cierto afecto el hecho, se podrá formar alguna idea de su dolor. ¡Cuán solícitos debieron ser sus pasos al volver atrás para buscarle, y cuán terrible su ansiedad hasta que le hubieron hallado! ¡Oh padres! ¿qué pensais de esta solicitud? vosotros, que abandonais con tanta facilidad á vuestros hijos en cualquier lugar, y con cualquiera compañía, confiados, segun la máxima del mundo, en que nada hay que temer; hallándose, por el contrario, en una escuela de vicios y de iniquidades, donde pervirtiéndose, poco á poco, pasan á ser vuestro azote, el de vuestra familia y el escándalo y vituperio de la Religion y del civil y cristiano consorcio!

Jesús, pues, estaba en el Templo, sentado en medio de los doctores de Israel; y ora contestando, ora preguntando, mostró tal sabiduría (era jovencito de doce años!), que cuantos le oían quedaban pasmados. José y María se asustaron, pues sabían cuanto orgullo encerraban en

(1) LUC. II, 42.

(2) EXOD. XII, 8.

(3) LUC. II, 44.

(4) IBID. 46.

su pecho aquellos doctores, y los celos que los devoraba contra cualquiera que disputara con ellos. Por cuyo motivo la Madre se le acercó, y le dijo: «¿Hijo, por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de afliccion te hemos andado buscando (1).» ¡Pobre madre! ignoraba todavía, pero muy pronto aprenderá, que los buenos deben padecer por amor al prójimo. Entónces fué cuando Jesucristo reveló su divinidad, respondiendo á su Virgen Madre: «¿Cómo es que me buscabais? no sabiais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre (2)?» ¡Oh palabras! oh magnífica revelacion! Hé ahí demostrado á los hombres, que su Padre no es un hombre sinó un Dios. Y no demuestra esto solo: nos enseña, además, otros vínculos que los de la sangre, otros deberes que viene á predicar, otro reino que fundará; ¡se diría que de ahí surge un nuevo universo! Enseña su divinidad sin negar su humanidad; y al mostrarse como verdadero Hijo de Dios, confirma, al mismo tiempo, que es verdadero hijo de la Virgen de Nazareth. Y añadiendo el Evangelio, que vuelto á Nazareth con José y María, ésta conservaba y meditaba en su interior las palabras de su Hijo, claro está que conoció bien, que con aquellas palabras aludía Jesús al misterio de la divinidad, en que estaba y se mantendría encerrado y oculto, hasta que llegase la hora de dar principio á la solemne mision que le había encomendado su Padre, cuya voluntad era su ley suprema, y para la manifestacion de cuya gloria, que tambien era suya, había de dar la vida. ¡Oh palabras! repito: ¡oh revelacion magnífica!

Sí, Jesús mio; con estas palabras nos enseñas, que la gloria de tu divino Padre, que lo es tambien nuestro en el órden de la naturaleza y de la gracia, debe ser el principal objeto de nuestros pensamientos, para ordenar á ella todos los actos de nuestra vida, dispuestos á perder el padre, la madre, los hermanos, la esposa, los amigos, y cualquier otro bien terreno, ántes que faltar á su amor, y á la grata correspondencia que debemos á sus beneficios. Con tu conducta, pues, volviendo á Nazareth con tu Madre y José, y sujetándote á ellos hasta que llegase la hora de tu solemne mision, nos manifestaste, que el cumplimiento de los deberes de familia y de sociedad, léjos de oponerse al principal precepto de la ley, que es amar á Dios sobre todas las cosas, con todo el corazon, con toda el alma y con todas nuestras fuerzas, se armoniza perfectamente con él; puesto que, miéntras para gloria de tu Padre solo atendías á lo que El te había ordenado, te mostraste hijo obedientísimo y amoroso á José, hasta su

(1) LUC. II, 48.

(2) IBID. 49.

muerte, y á tu amada madre María hasta el fin de tu vida! ¡ Ah! que para nuestra salvacion tu ejemplo no deje nunca de iluminarnos! Y Tú, oh Virgen divina, que recogiendo en tu corazon aquellas solemnes palabras de Jesús y meditándolas profundamente, sacaste tanto fruto de sublime sabiduría de la vida (1), repítelas frecuentemente con tu voz amorosa al oído de los tristes hijos de la tierra, para que adoctrinados por ellas, nos dispongamos á trabajar eficazmente en la santificacion de nuestras almas, en aquella santificacion que es el único fundamento de nuestras esperanzas para la consecucion de la gloria eterna. Así SEA.

DÍA VEINTE Y SIETE.

MUERTE DE SAN JOSÉ.

In eo enim, in quo passus est ipse et tentatus, potens est et eis, qui tentantur, auxiliari.

Ya que por razon de haber él mismo padecido, y sido tentado, puede tambien socorrer á los que son tentados.

(HEBR. II, 18.)

Bien que el alma del justo viva resignada á los decretos del Cielo, y, por consiguiente, cuanto acaece en el mundo le mueva á bendecir el santo nombre del Señor, que por caminos, con frecuencia, ocultos á nuestra vista, pero siempre sapientísimos y admirables conduce á fin la obra de su gloria; con todo, no por esto deja el justo tambien de sentir tan vivamente las desventuras y las miserias de este mundo, que no puede ménos, algunas veces, de derramar amarguisimas lágrimas. Pero esto, léjos de imputársele á culpa, es más bien

(1) LUC II, 51.

motivo de mérito en orden á la vida eterna, puesto que con sufrir y dolerse da á entender, que siente toda la amargura del cáliz que le ha sido dado á beber, el cual de buena gana y con ánimo resuelto acerca á los lábios. Lo que tiene lugar cuando los reveses del mundo, privándonos de los bienes de fortuna, nos reducen á la pobreza, y nos obligan á tener que solicitar de personas extrañas medios de subsistencia; ó cuando crueles enemigos, persiguiéndonos inicuaamente, nos obligan á comer el pan amasado en lágrimas; ó, finalmente, cuando la muerte, arrebatándonos las personas queridas con las cuales compartíamos las alegrías y las amarguras de esta vida, nos sume en desolacion, y nos deja completamente reducidos á nuestros propios recursos. ¿Y podríamos en semejantes casos, que repugnan al sentimiento de nuestra naturaleza, mostrarnos estúpidamente indiferentes, cuando vemos que Jesucristo, aunque Dios, al ver el cáliz que le presentaba su divino Padre, no pudo ménos de exclamar: «Aleja de mí, si es de tu agrado, este cáliz de dolor (1)?» Pero Él, que mostróse hombre, al mismo tiempo que era Dios, nos presentó y recomendó tambien el remedio, añadiendo: «Padre mio, no se haga mi voluntad, sinó la tuya (2).» En esas condiciones vamos á contemplar esta noche á María, que empieza ya á sacrificar sobre el ara preparada por Dios para la muerte de su Hijo, las más caras y dulces afecciones de la vida. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Vimos en el precedente discurso, que José y María, habiendo hallado, finalmente, despues de tantos afanes del corazon, á Jesús en el Templo en medio de los doctores de la ley, regresaron á Nazareth, donde permanecieron otros diez y siete años, quizás los más bellos para María durante su peregrinacion por la tierra. Una paz inefable la hizo, durante ese tiempo, verdaderamente bienaventurada, libre como estaba y tranquila en la contemplacion y adoracion de su Dios; de aquel Dios que le era Hijo, la llamaba con el dulcísimo nombre de Madre, obedecía á sus menores indicaciones, y que con solo dirigirle una mirada ó una palabra, la elevaba sobre sí misma en la contemplacion de profundísimos misterios; sobre todo, del misterio de su Encarnacion, y el de la próxima Redencion del mundo. En todo ese tiempo Ella no experimentó contradicciones, porque Jesús, su Hijo, el más bello de todos los hijos nacidos y por nacer, llevaba durante aquel tiempo una vida oculta y meditativa en su pátria, donde Ella pudo,

(1) LUC XXII, 42.

(2) LUC XXII, 42.